

Investigación feminista: Epistemología y representaciones sociales

Coordinado por Norma Blázquez, Fátima Flores y Maribel Ríos

Editado por CEIICH-CRIM, Facultad de Psicología, UNAM, México, 2010, pp.406

Elsa S. Guevara Ruiseñor

Facultad de Estudios Superiores Zaragoza, UNAM

El libro *Investigación Feminista: Epistemología y Representaciones Sociales*, viene a llenar una necesidad intelectual de docentes, estudiantes e investigadoras desde tres ángulos: por una parte, para quienes nos dedicamos a la investigación feminista, nos ofrece un texto que condensa los debates más actuales sobre las epistemologías y metodologías feministas, así como las diversas dimensiones que supone este tipo de investigación. En segundo lugar, también es una obra importante para quienes no comparten el horizonte político e intelectual del feminismo, porque responde a muchas de las interrogantes que desde hace años rondan el debate académico sobre el tema. Es frecuente que nuestros colegas se pregunten ¿existe algo llamado investigación feminista?, que interroguen sobre las bases epistemológicas que subyacen a este tipo de investigación y que critiquen la dimensión política tan presente en esta forma de construcción del

conocimiento. Para todos ellos y ellas, este libro será de gran utilidad. Finalmente, el texto tiene la virtud de abreviar en esa postura crítica al interior del feminismo, que ha sido desde siempre una de sus mejores vetas.

Por ello, es un acierto que el libro tenga su primera parte dedicada a la epistemología y la crítica feminista a la ciencia, porque el punto de partida de la investigación feminista se encuentra precisamente en una teoría del conocimiento que cuestiona las premisas de neutralidad, objetividad, racionalidad y universalidad, mismas que se crearon desde una concepción dominante de la ciencia, donde las mujeres han sido las grandes ausentes.

La epistemología feminista, dice una de las autoras, “proporciona un marco conceptual y político que permite identificar las concepciones dominantes y las prácticas de producción del conocimiento que sistemáticamente ponen en desventaja a las mujeres”. Hace evidente cómo se limitan sus posibilidades de acceso a la ciencia, se les niega autoridad epistémica, se denigran sus estilos cognitivos de conocimiento y se producen teorías que las presentan como desviadas con respecto al modelo masculino. Además, hace patente la forma en que se invisibilizan los intereses de las mujeres, las relaciones asimétricas de poder, y legitiman las jerarquías de género. La epistemología feminista, dice la autora, “se inscribe en esa tradición crítica de la epistemología desde la cual el proceso de conocimiento implica un compromiso político con la transformación de una realidad injusta, pero que toma como eje de reflexión el orden de género y el lugar subalterno que tienen las mujeres en él”.

Con la crítica a la neutralidad del sujeto cognoscente y a las relaciones que construye con sus objetos de conocimiento desde su posición de género, el feminismo académico creó una valiosa herramienta para descubrir cómo el proceso de conocimiento supone distintos estilos cognitivos, y cómo los recursos heurísticos que utiliza el sujeto o la sujeta cognoscente, están orientados por su lugar en la sociedad y por su inscripción en el mundo masculino o femenino del que forman parte. De igual manera, el hecho de que la objetividad sea resultado de los consensos alcanzados en una comunidad científica donde están ausentes las mujeres, permite cuestionar todas aquellas epistemologías que hacen de la objetividad su criterio de cientificidad.

En las teorías dominantes, dice otra de las autoras, quedaba en el misterio a través de cuáles procesos las opciones de vida de las mujeres llegaron a ser tan restringidas ¿Cómo es que la violencia llegó a ser interpretada como algo que las mujeres “se buscan”? ¿Cómo es que jornadas de trabajo impago e interminable, era considerado “normal” sólo para las mujeres? ¿Cómo es que procesos naturales como la menstruación, el parto o la menopausia llegaron a ser consideradas “enfermedades”? ¿Cómo es que se pudo alegar la irracionalidad de las mujeres para negarles el derecho a la educación?

Las mujeres necesitaban, dice, comprender las herramientas conceptuales que utilizan las instituciones dominantes para organizar, mantener y legitimar estas prácticas; por ello, empezaron a investigar “hacia arriba” y tratar de explicar la vida de los grupos marginados a partir de su relación con los grupos dominantes, pues no basta con registrar lo que dicen las mujeres o los miembros de los grupos oprimidos, sino que se trata de trazar el mapa de las prácticas de poder. Como la filosofía de la ciencia convencional tiene pocos recursos para examinar críticamente la complicidad de sus propios marcos conceptuales con los proyectos económicos y políticos dominantes, la investigación feminista necesitaba crear sus propios marcos teóricos para orientar una práctica investigativa que iluminara nuevos caminos.

De esta manera, la política fue conceptualizada como parte del método de investigación. De ahí que en todo el libro el tema de la política está presente, pues el largo y sinuoso camino que han debido recorrer las mujeres para acceder al mundo de la ciencia y los desafíos que deben enfrentar por su condición de género, ha obligado a una revisión crítica de sus postulados y a plantear novedosas formas de hacer investigación, incluso en disciplinas que suponen un campo de estudio “propio de las mujeres” como la psicología o la antropología donde, dicen las autoras, por décadas se silenció la voz y la experiencia de las mujeres, mediante estrategias metodológicas que creaban parámetros de universalidad a partir de la información proporcionada sólo por los varones.

En lugar de ignorar, marginar, borrar, hacer invisible, o incluso deliberadamente discriminar el quehacer de las mujeres, se busca indagar dónde están y qué hacen, así como descubrir las formas específicas que

tienen al generar conocimiento. Pero también, se pretende conocer las relaciones, instituciones y recursos discursivos que contribuyen a reproducir la desigualdad genérica.

Así, la segunda parte del libro está dedicada específicamente al método y la metodología feminista. Aquí el libro ofrece un panorama variado sobre las distintas preocupaciones de las investigadoras sobre este tema, y hace evidente las implicaciones éticas y políticas que están presentes cuando se opta por una determinada herramienta metodológica. En este apartado resulta claro que la metodología feminista no consiste en utilizar una estrategia específica, que no existe antagonismo entre una estrategia cualitativa o cuantitativa, pues ambas son formas distintas de construir el dato, de manera que son los objetivos de la investigación los que orientan la elección que se hace.

Por ello, podemos encontrar un capítulo dedicado a la etnografía, junto a otro dedicado a la metodología cuantitativa, y otro sobre las claves metodológicas para analizar los movimientos feministas, pero siempre desde una postura coincidente con la perspectiva feminista de construcción del conocimiento y mediante un marco epistémico que permite hacer evidente los rasgos que la distinguen de otros tipos de investigación.

Por cierto, un tipo de investigación que, como muestran las autoras, ha sido descalificada, ignorada o ridiculizada por el pensamiento dominante en distintos campos del saber, pero que al paso del tiempo ha transformado los axiomas disciplinarios que habían regido en ellos. Al cambiar los conceptos androcéntricos, las formas de construir y acercarse a sus objetos-sujetas de estudio, y al crear novedosas estrategias de indagación, las metodologías feministas abrieron un fecundo campo que ha hecho de la investigación un poderoso recurso de acción política. No sólo mediante la acción participativa o el compromiso político de su quehacer investigativo, sino que al visibilizar, desnaturalizar e historizar las relaciones de género, las metodologías feministas rompieron viejos paradigmas y permitieron dar voz a las mujeres, no sólo a aquellas que participaron en sus estudios sino a las propias investigadoras; además, como dice una de las autoras, hizo posible colocar a las mujeres en lugares de rebeldía, de transgresión y de resistencia.

El tercer apartado del libro cierra muy bien esta exposición, al presentar tres capítulos que muestran cómo se puede utilizar la epistemología y metodología feminista para reinterpretar una teoría psicológica y aplicarla en la investigación de dos problemas concretos. Las autoras utilizan la teoría de las representaciones sociales, una teoría de enorme peso en el ámbito de la psicología social, primero para descubrir en sus orígenes importantes similitudes con la teoría feminista, después, para vincularla con la categoría de género como una herramienta analítica que permite explicar la forma en que opera el orden genérico en la construcción de determinadas representaciones sociales, y finalmente, en el marco teórico y metodológico de dos investigaciones concretas orientadas a identificar cómo operan las representaciones sociales de la salud mental o de las matemáticas.

En síntesis, se trata de un libro que resulta de enorme valía para las y los investigadores de los estudios de género y de la teoría feminista, en tanto conjuga los debates más actuales sobre la epistemología y metodología feminista con experiencias de investigación en distintos campos del conocimiento, de ahí su importancia para estudiantes y personal académico interesados en profundizar sobre esos temas. ■

